



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 21 No. 1

Marzo de 2018

ECOS DE LO REAL EN LAS PSICOSIS: LA MIRADA Y LA VOZ

Leticia Hernández Valderrama¹
 Facultad de Estudios Superiores Iztacala
 Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Toda mirada dice algo, como todo sonido que siendo invisible busca la oreja de un otro que escuche. Es la mirada y la voz de la madre, que dirigidas a su hijo logran la unificación de su cuerpo, conduciéndolo a la apropiación de su imagen revestida de una identidad sexual. Nuestro propósito: Es hacer una reflexión sobre lo que sucede cuando escuchamos una voz como abridor de hatos del pasado que se evidencian en lo real de las psicosis; donde una mirada persigue o una voz atormenta, como amenazas de atentar contra el cuerpo, con su fragmentación, devoración, extinción...

Será el análisis del delirio y las alucinaciones de un niño psicótico como resonancias de un pasado, donde lo escópico y lo auditivo han conformado campos decisivos que han menguado una relación con el cuerpo "la relación cárnica", teniendo alteraciones en su imagen, y en consecuencia, con amplias manifestaciones de problemas para la intelección del mundo y acercamiento con otros.

La mirada y la voz como ecos de lo real en las psicosis, pueden derivar en la pérdida de la realidad, manifestándose en un extravío en el marco simbólico que deja de sostener al sujeto, a su cuerpo y al mundo.

Palabras clave: voz, mirada, lo real, psicosis, delirio y alucinación

¹ Doctora en Antropología y Psicoanálisis. Profesora Titular "A", Tiempo Completo, Carrera de Psicología, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, Correo Electrónico: leticiahv05@gmail.com

ECHOS OF THE REAL IN PSICOSIS: THE GAZE AND THE VOICE

ABSTRACT

Every look tells us something, like all sound, that being invisible, it searches the ear of one other that listens. Its the look and the voice of the mother, that addressed to his son achieve the unification of its body, leading to the appropriation of her image dressed with a sexual identity.

Our objective: It's to make a reflection on what's going on when we hear a voice as an open of past herds that make themselves evident in the reality of psychosis; where a gaze chases or a voice tortures, like menaces to attempt against the body, with its fragmentation, devouration, extinction...

It will be the analysis of delusion and the hallucinations of a psychotic boy as a resounding past, where the visual and auditive have settle defining fields that have lessened the relationship with the body "the fleshy relationship", having disturbances for the conception of the world and closeness to others.

The gaze and voice as echos of the real in the psychosis, may lead in the loss of the reality, presenting itself in a mislaying of the symbolic frame that stops sustaining the subject, to its body and the world.

Keywords: voice, gaze, the real, psychosis, delirium, hallucination.

*“Escribir es erigir una estatua que encarna el no-todo en el habla...
Las palabras de la escritura no son las palabras del habla,
son fragmentos de carne,
de la carne del lenguaje
que el habla no deja de excluir: contra el semblante,
la escritura apunta a lo Eterno...
hacer más reales las palabras del lenguaje,
por lo tanto,
más bellas y verdaderas de lo que lo son en el habla,
–hacer real lo simbólico,
que es como diríamos en términos Lacanianos-
tal es el desafío de la escritura.
Serge André*

Sólo se puede conocer el mundo en que vivimos a través de una estructura simbólica como unidad de sentido. Es el lenguaje y en particular la palabra la que se presenta estrechamente ligada a hacer una síntesis del mundo. Pero también es la manera en cómo nos apropiamos y nos hacemos de un cuerpo.

El ser humano cuando nace es incorporado a la cultura en una condición de “visible”, y al ser visible está condenado a ser mirado. Algo que lo mira desde un fuera de él, que lo edita en un pacto con otro, donde toda mirada dice algo. A la vez, está “la palabra”, agujereada en ese “silencio sin fin” del Otro² que a veces calla y solo mira. Es la palabra en tanto que siendo su sonido invisible, busca la oreja de un otro que escuche para lograr la unificación de un cuerpo. Es finalmente un lazo que se crea entre lo que pasa por el ojo y lo que pasa por la boca creando no solo un cuerpo, sino un sujeto.

Es la mirada y la voz de la madre, que dirigidas a su hijo, acompañan y dan consistencia a la apropiación de su imagen y de su cuerpo revistiéndolo de una identidad sexual. El psicoanálisis nos permite interrogar esta doble pertenencia del sujeto del inconsciente al orden de la mirada y de la palabra. A lo que cae bajo la mirada y da voz; para investigar la textura y el trazo que anuda el destino del síntoma y del amor, en un doble rostro de lo inconsciente.

El propósito del presente es hacer una reflexión sobre lo que sucede cuando escuchamos una voz como abridor de hatos del pasado que se evidencian en lo real de las psicosis; donde una mirada que persigue o una que voz atormenta, aparecen como amenazas de atentar contra el cuerpo, con su fragmentación, devoración, extinción...

Para ello presentamos el Caso de un niño psicótico de 7 años de edad que asistía a un Hospital Psiquiátrico Infantil en el servicio de Hospital de Día, que de acuerdo con la Clínica del Desarrollo, le había canalizado con un diagnóstico: “Trastornos generalizados del desarrollo, con delirios paranoicos y esquizofrénicos”.

² Lacan sostiene que la palabra no se origina en el yo, ni siquiera en el sujeto, sino en el Otro, lugar de la palabra y el lenguaje y que están más allá del propio control consciente, vienen de otro lugar, desde fuera de la consciencia, y por tanto “el inconsciente es el discurso del Otro. La madre es quien primero ocupa el lugar del gran Otro para el niño, porque es ella quien recibe el llanto y los gritos primitivos del niño. Es ella quien le apalabra el mundo en un inicio y con ello lo incorpora al terreno social. Después de transitar por el Edipo y el Complejo de Castración la ubicará como falta y tendrá su tachadura.

René³ es un niño psicótico de 7 años de edad con poco lenguaje, su mirada es huidiza y sin brillo, casi siempre está aislado de los demás niños como si hubiera roto con el mundo. Es hijo de una madre ausente y un padre carente de voz y autoridad. Tuvo un hermano mayor que murió y otra hermana menor de tres años, con la que prácticamente no convive.

Pasemos al relato de un encuentro con voces y miradas en lo real...

Era una tarde soleada... todos los niños participaban en diferentes actividades, algunos transitaban solitarios, otros con sus acompañantes terapéuticos. René caminaba solo, como extraviado y en silencio, -me acerqué, dije ¡Hola! Empecé a caminar con él-. Por momentos trataba de mostrarle el entorno, le hablaba de diferentes cosas que pasaban por mi mente y creí podrían interesarle (la familia, las plantas, los juegos...) pretendiendo establecer un encuentro con él. Sin embargo, se mantenía en silencio, por instantes volteaba a verme sin fijar la mirada, a veces se detenía en lo que le mostraba, algunas otras, comentaba cosas breves como: *“ayer jugué con Ángel”, “mi hermana me pegó” “mi mamá está loca”, “René está loco”, etc.* De pronto la armonía se rompió; ... a 50 metros aproximadamente, en medio de risas y gritos, sobre el césped se dibujaba la silueta de Andrés gritando: *¡Ayuda!, ¡ayuda! ¡Miguel me quitó mi tenis...! ¡él me jodió! ¡fue Miguel!...* Miguel lo había lanzado por el aire, tan lejos como había podido: *“¡me lo ha robado...! ¡lo aventó, ya no puedo caminar más!, ¡así no puedo!, ¡no puedo, ¡no puedo”,* y se desvaneció en el pasto húmedo. El tenis se había quedado atorado en las ramas de un árbol. Andrés gritaba, gemía, que no podía caminar y se revolcaba en el jardín. Muchos reían, otros asustados, gritaban pidiendo ayuda... *¡el caos se hizo...!* Mientras tanto, en el rostro impávido de René, se dibujaban gestos de angustia; con muecas de terror empezando a gritar desesperado de un lado a otro: *¡Me voy a morir! ¡Todos están muertos, me voy a morir, me han dejado solo, estoy solo, no hay nadie, me voy a morir!, ¡Voy a perder mis brazos, mis piernas, mis ojos...!* *“...solo tengo esta cobija y no tengo ni*

³ Los nombres de los personajes reales han sido cambiados con fines de mantener resguardada su identidad.

ropa, ni casa, ni nada, me voy a morir... todos están muertos, me voy a morir... ¡la lluvia se llevó todo, todo! (todo esto en medio de otras frases inteligibles)..."

Tras unos minutos de acompañarlo en ese momento de angustia delirante, se intentó anudar lo que se había desbordado. Lo invité a seguir caminando, con la intención de apartarlo del lugar. Caminamos un rato... Así llegamos a otra área del hospital también con jardines donde habían diversos materiales -él seguía aturdido-, le sugerí que construyéramos una casa con unos bloques de Matel que estaban ahí. Mientras lo hacíamos, siguió por instantes inundado de angustia... después se acongojó porque sería el encargado de tener hijos para poblar el mundo y le faltaba una mujer, después, se afligió por comida... Así sucesivamente... Poco a poco mientras buscábamos materiales para la casa fue tranquilizándose, al cabo de un tiempo más (habían transcurrido más de dos horas), volvió a decir: *"estoy yo sólo, estoy solo"*, a lo que le dije: si estás sólo, entonces dime: *¿Quién soy yo?* hasta ese momento no me había volteado a ver, entonces, me vio a los ojos por un instante y me dijo: *"¡A tú!, ¡tú eres un Ángel!"...!* Primer momento del retorno; poco a poco volvía a mirarme mientras terminábamos la casa. Al concluir, nos sentamos en el pasto dentro de la casita y veíamos el cielo a través de un hueco en el techo que no habíamos podido cubrir... Terminamos jugando con unas ramitas haciendo muebles... Al que al despedirme me miró -sin que su mirada se fijara totalmente en mí-, apenas dibujando una sonrisa balbuceo un ligero: *"adiós"*. Le dije: *nos vemos el próximo viernes...* nos volveríamos a ver la siguiente semana...

ANÁLISIS Y REFLEXIONES. EL NACIMIENTO DEL SUJETO.

Al paso del tiempo hemos tratado de resignificar esta experiencia para conocer más sobre la clínica de lo real en psicoanálisis. Iniciemos señalando cómo llega un niño a la vida, qué sucede desde su nacimiento, para ver cómo se inscribe la mirada y la voz en la psicosis.

Cuando el niño nace es la madre que inscrita en una cultura, transmite al pequeño hijo todo un tesoro de significantes. Una vez llegado al mundo está en su condición de real. Es un tiempo de sorpresa y suspensión, es lo real de la

angustia, es un momento previo al encuentro de dos vidas. Estos primeros instantes después del nacimiento son un período sensible para la creación del lazo madre-hijo. Es un momento que precede a la larga espera de nueve meses en espera de ese pequeño ser, en un contacto de piel con piel dará paso a la continuidad de la presencia y aceptación de la realidad del niño.

Será ella quien movida por su deseo dará un lugar a su pequeño propiciando que surja el deseo en él. Lacan en el Seminario 10 de "La angustia" (1962), ubica que el niño está sujeto a la madre en su calidad de gran Otro e inscribe en él su deseo. A la vez que señala tres puntos fundamentales en esta dimensión del Otro, "su demanda, su goce y, bajo una forma que se mantiene en concepto de signo de interrogación su deseo".⁴

A los gritos del niño, generalmente es la voz de la madre la que acude, voz que habla, voz que canta, portadora de significantes. Pero los significantes no van a cobrar sentido más que con posterioridad. Esta retroacción caracteriza precisamente a la cadena signifiante. Está por demás pensar que el niño comprende lo que se dice. Si bien es cierto que las palabras se inscriben en su memoria desde el primer instante de vida, no obstante, no escucha más que un tono de voz. Ya que cuando aparece una voz gruesa, irascible o bulliciosa suele hacerlo llorar, pero cuando aparece dulce y acariciadora la voz de su madre, lo tranquiliza y adormece. Es claro que el pequeño diferencia entre la voz masculina, la femenina, las conocidas y las desconocidas.

Voz y mirada -dice Lacan-, son los dos objetos que atañen más específicamente al deseo. La voz penetra por el oído sin que uno pueda realmente protegerse de ella, e incluso, puede convertirse en persecutoria o superyoica. Podemos decir que las alucinaciones auditivas son más frecuentes que las visuales. Los psicóticos -por ejemplo- hablan poco de este tipo de alucinaciones. Sin embargo, es posible deducirlas de ciertas actitudes de escucha, la mano sobre el oído, los labios que se mueven, los manoteos sin sentido aparente. Y ante la pregunta: ¿qué escucha?, suelen responder con el relato de fenómenos alucinatorios, que ocultan habitualmente a sus allegados, al mundo en general e incluso al psiquiatra.

⁴ Jacques Lacan, Seminario 10, clase 12 de diciembre de 1962.

VOZ Y MIRADA COMO OBJETOS PULSIONALES EN LAS PSICOSIS

Un niño psicótico suele ser el resultado de un entretejido de mirada y voz que nos da cuenta del deseo materno sobre su pequeño hijo.

Desde la oftalmología sabemos que ver, es ver el mundo que está delante de nosotros y mirar es fijar la vista en un detalle, en un aspecto particular de aquello que estamos viendo. No está de más, volver a señalar que la mirada en el psicoanálisis no es sinónimo de ver. Ver no es lo mismo que mirar. En el dispositivo analítico no se ve, pero se mira. Lo cual no quiere decir que por momentos no veamos el lenguaje del cuerpo o los signos que nuestro paciente nos muestra, los momentos de dolor o de angustia, son ejemplo de ello. Cuando trabajamos en el psicoanálisis sabemos que hace falta que la vista esté excluida del espacio analítico para que la mirada tenga mayor potencia, para que la mirada sea una mirada fuerte y poderosa.

El análisis del delirio y las alucinaciones de este pequeño con un diagnóstico de psicosis, nos llevan a considerar como las resonancias de un pasado retornan como ecos de lo real. “Ecos” que no pueden ser aprehendidos en el terreno de lo simbólico; donde lo escópico y lo auditivo se han conformado como campos decisivos que han menguado un trato con el cosmos, con el cuerpo, con esta la relación “cárnica”; teniendo alteraciones en su imagen, en su identidad y en consecuencia, con amplias manifestaciones y problemas para la intelección del mundo.

Nos preguntamos qué desencadena un delirio, cómo se propicia el pasaje de un aparente “estar ligado a lo social cultural” con otro mundo que lo contiene y estructura en torno a lo real como “eco”, que se manifiestan en su verbalización, en su mirada ausente -o en la esquicia del ojo como dice Lacan en el Seminario 11 (1964)-. Para nosotros, esta imagen es mostrada en la superficie, es una especie de agujero, de vacío; que nos interroga sobre el lugar de su mirada, de las palabras en torbellino con poco o nada de sentido que llegan a él.

Lacan promueve estos dos “objetos referidos a la mirada y la voz entre los objetos pulsionales, en el mismo nivel conceptual que los objetos freudianos que son: lo

oral, lo anal y lo fálico. Lo escópico y lo auditivo, son dos ámbitos que se suman a los objetos “a”.⁵

Podemos resumirlos apuntando: el excremento constituye el objeto de la demanda que viene del Otro. El pecho es el objeto de la demanda hecha al Otro. La voz es el instrumento donde se manifiesta el deseo del Otro. En el campo escópico nos encontramos en el nivel del deseo al Otro.

Muchas veces la palabra mal dicha y la mirada ausente quedan como “ecos en lo real”, pasan de largo sin atravesar un cuerpo, sin signarlo, sin apropiarse de ellas; será un cuerpo sin palabra propia, con voces e imágenes que persiguen, que ordenan, que angustian. Que derivan acentuándose en acontecimientos que los delirios y alucinaciones evidencian, que representan huellas sentidas, hendiduras de dolor y ausencia en un pasado que se vuelve presente; son ecos de lo real que generalmente se manifiestan en las psicosis.

Mirada y voz se encuentran para configurar el síntoma mismo: a tal punto están implicadas en su puesta en imágenes y palabras; ya tendremos ocasión de verificarlo en el caso que exponemos. Pero es posible que, en lo esencial, nuestra investigación gire en torno de su afinidad, a la vez patente –allí donde está implicada la mirada, la voz nunca está lejos- y misteriosa: la voz del Otro y los otros de la familia. Seguiremos cuatro tiempos en esta presentación.

PRIMER TIEMPO: DESENCADENAMIENTO DE LO REAL

Siempre hay un fenómeno que desencadena el pasaje al acto delirante, en este caso suponemos, son los gritos de Andrés al gritar que Miguel le ha quitado el tenis. Son los gritos que lo obligarían ayudar al otro que pide ayuda, y elige por su estructura zafarse, elidir la relación con otros, apartar lo simbólico de la palabra que le demanda una participación social. Es lo real como respuesta, es el cuerpo caído que se apodera de él; es esta relación cárnica, donde primero agita las

⁵ Recordemos que de las cinco formas del objeto *a* son: oral, anal, fálico, mirada y voz. Lacan encuadra particularmente en el *Seminario 10 “La Angustia”*, dos de ellos que son propiamente de su invención: la mirada y la voz. Los otros tres ya habían sido propuestos por Freud: oral, anal, fálico. En su conjunto también las conocemos como pulsiones parciales.

manos y luego camina como arrastrando los pies y colgando los brazos, con de gestos de angustia, mirada ausente, extraviada y con una incansable verbalización.

El cuerpo cae; por momentos se agita como sin sentido, como despedazado, fracturado lo que antes unido aparentemente se manifiesta ahora en lo real de esta relación fragmentada con el cuerpo.

¿Qué ha determinado esta relación al cuerpo? ¿Son la mirada y la voz como resonancias de ese real en la psicosis que fracturan la relación del sujeto psicótico con su cuerpo?

SEGUNDO TIEMPO: LA MIRADA

¡Visión no es mirada! Una vez que nace el niño, será mirado virtualmente de todos lados y, a su turno, su mirada no podrá “posarse” sobre el mundo más que desencadenado por los poderes de lo visible, que lo cerca al mismo tiempo que el lo “encarna”. La mirada tiene una cierta primacía al igual que el lenguaje, ambos preexisten al sujeto, podríamos decir que ahí radica el sentido del “soy mirado desde todos los puntos”, pero “sólo veo desde un punto”. En el mismo año de 1964, Lacan va a mencionar: “En el espectáculo del mundo, soy mirado desde todas partes, desde todos los puntos, pero sólo veo desde un punto”. O también, la primacía de lo dado a ver sobre lo visto. Todo ocurre exactamente como en el campo de lo simbólico, en tanto hay preexistencia del Otro (la madre).

La mirada es convocada en psicoanálisis como modo de inserción de los subjetivo en lo visible. Es la parte no visible del campo de la visión. Lacan lo plantea como “la presencia de la mirada como opacidad (oscuridad) en lo visible que acontece en la visión misma”. Esto nos conduce a dar cuenta de las relaciones entre visión y mirada. En el Seminario 11, leemos: donde miro no veo, y donde veo no miro. Son textuales, la visión queda escindida. El hecho de que la visión quede escindida entre imagen y mirada no va de suyo porque es el terreno de los espejismos, de las especularidades de las inversiones ópticas. Si bien no se trata de la óptica, el espacio de ésta es un espacio que sustenta a nivel del sujeto en una construcción significativa. Se puede circunscribir, si la visión está ligada a un órgano, el ojo; la

mirada lo está a un orificio, el orificio ocular. Así, el hombre ordenado en lo visible, está condenado como dice Assoun (2004), a “ser mirado”.

Bernard Levy (2002), nos dice en su texto “Alrededor de la mirada”: que en el campo de la mirada hay veces que conviene quedarse en los alrededores, sino la angustia hace acto de presencia, en tanto la pantalla funciona intermediando con lo real. La mirada tiene el privilegio, sostiene Lacan, de ser lo que va al Otro como tal. Ella pone en juego una dimensión de abertura; una abertura tal como la de una ventana; en otras palabras de una aspiración por el Otro. La mirada introduce en el campo del Otro una pantalla junto a la exigencia de que el sujeto se inscriba en su cuadro.

En un primer momento, el niño se encuentra en un intercambio de miradas que va de la madre real, cuyo contacto percibe, es a ella a quien ve en el espejo cuando ella lo acerca llevándolo en sus brazos, quiere asegurarse de que lo que ve junto al rostro familiar es verdaderamente el suyo propio. Anterior a este momento, si bien pudo contemplar y jugar con sus manos, sus pies y su cuerpo, no vio nunca su cara. Para él, tiene la de su madre, y ahora descubre el suyo. Winnicott lo subraya: “El primer espejo es el rostro de la madre”. El niño va hacer el descubrimiento de un rostro, el suyo, que coexiste con una masa corporal a la que identificará como suya, y eso es un acercamiento cinético: adelantar la mano, retirarla, acercarse y alejarse, volverse regularmente hacia su madre, para que ella le confirme que esa “nueva imagen es la suya”. De este modo va a apropiarse poco a poco de esta imagen en movimiento, constituyendo el vínculo entre su experiencia corporal (sensaciones cinestésicas, en particular) y la imagen que capta en el espejo.

El mundo se puede ver, efectivamente, si bien la mirada inscribe un fuera-mundo no visible, “el que ve sin ver”, o “sin saber que mira” o que tiene “la mirada perdida”. La mirada saca su objeto de una ramificación, aunque tenga que inscribir en ella un fuera del mundo. Es curioso, pero sabemos que el ojo se puede meter donde quiera, cualquier parte, es una intrusión posible en cualquier campo (recordemos múltiples espacios donde se pintan ojos que hacen susceptible la presencia de la mirada, y donde cada sujeto hace la representación imaginaria

que proviene del recuerdo escrito en el inconsciente). Es lo que podemos decirnos de esa imagen a nivel del significante como un punto de vista, una interpretación de la realidad o una posición, un decir que nos permita explicar lo sentido. Es así, que lo visible se encuentra atravesado por el campo del lenguaje, como campo constituido por significantes. Campo que tiene la posibilidad de dejarse poner en red, de inscribirse en una superficie que determina al sujeto en función del punto desde el cual esta red significante lo va a mirar. Lacan en el seminario 11 dice: “el cómo veo, verme”. En niño busca un encuentro con su madre, este encuentro será un encuentro de miradas habitadas por el deseo materno. Es decir, la manera en cómo se apropie de su imagen dependerá de la mirada al Otro y de lo que de ella retorna. Ya que ante la mirada todo aparece como un cuadro, el mundo aparece como un cuadro, que se delimita por la mirada de ese Otro. Es el Otro que me refleja las imágenes. Si se acerca una persona y la miro, trato de fijar los ojos en su cara, siento que me mira, y me siento como atrapado por el mirar; es muy importante para esto que haya un reflejo brillante en los ojos. Es decir que allí la pantalla, no es toda la mirada del Otro hacia mí, tiene valor porque en los ojos del Otro se refleja la luz que viene hacia mí como un brillo que me atrapa. Si alguien me cautiva con su mirada, no es simplemente por una mirada con cierta expresión en los ojos, es por ese rayo de luz que va al ojo de él, y que desde ahí viene hacia mí. Hay una reflexión de esa luz; no puedo decir que alguien me mira, si no existe ese brillo de luz en la superficie corneana. Mirarme, que alguien me mire, implica que se imprima ese brillo. Si no hubiera luz, no habría mirada, no estaríamos jamás cautivados por la mirada; hace falta la luz, hace falta que esa luz se refleje como un punto brillante. Y ese Otro, ese Otro de la pantalla, es la superficie corneana de los ojos del Otro. Sin luz no habría mirada.

El ojo –como dice Lacan en el Seminario 10-, llegará a decir ese soy Yo, cuando organiza el mundo como espacio (como imagen corporal). Refleja aquello que, en el espejo, es reflejo, para al ojo más penetrante le resulta visible el reflejo del mundo del que él mismo es portador en ese ojo que ve en el espejo. En cuanto hay el ojo y un espejo, se produce un despliegue infinito de imágenes entre-reflejadas. El sujeto aprenderá a reconocerse como “yo”, como “yo mismo, en la

imagen que lo representa”, será una función de corte que lo coloca en una posición deseante. El corte se produce entre aquello que va a convertirse en el individuo arrojado al mundo exterior y sus envolturas, que son partes de sí mismo.

TERCER TIEMPO: EL RE-NACIDO

Mi acompañamiento –en ese momento: ingenuo- pretendía encontrarse en la mirada con René, era entender dónde se encontraba la suya. La visión va de nosotros a la imagen vista, pero la mirada de René estaba atrapada en otra mirada. Era ésta como acto provocado por una imagen que viene de la Cosa⁶ hacia él -hacia nosotros-. La Cosa como el Objeto del incesto. La madre, en tanto ocupa el lugar de la Cosa, induce el deseo de incesto, pero este deseo no puede ser satisfecho, ello conduce a lo real más allá de todas las representaciones que de ella tiene el sujeto. Por eso, hacer uno con la Cosa sería salir del campo significativo y por ende de la subjetividad.

La mirada como acto en tanto se produce como una mirada imaginada en el campo del Otro angustia y somete. Para René, sin que esta imagen sea una imagen particular, especial, de tal o cual cosa visible como propia y auténtica, se convierte en un hiato, un orificio por donde se filtra el recuerdo viviente de un hermano muerto. Había existido en la familia de René un primer hijo al que la madre había perdido por un descuido mientras dormía (él pequeño broncoaspiro su leche y se asfixió sin que nadie pudiera asistirlo (nadie se dio cuenta, pues todos dormían). Unos meses después de muerto el primer hijo, la madre vuelve a embarazarse y nacerá un segundo hijo que “re-pondrá” al primero, será un (Re-nacido).

En este caso vemos como el mundo se puede ver, apreciar, describir; pero la mirada inscribe un fuera-mundo, es un no visible. La mirada saca su objeto de una extensión que se filtra por la esquicia del ojo, aunque tenga que inscribir en ella un fuera-mundo.

⁶ La Cosa (Fr. La chose, en inglés The thing, alemán: das Ding). Objeto del incesto. Lo que hay de más íntimo para un sujeto, aunque extraño a él. Estructuralmente inaccesible, significado como interdicto (incesto) e imaginado por el como el soberano Bien: su ser mismo.

Si toda mirada es necesaria para la constitución del sujeto. La mirada va acompañada de un deseo que se vincula con una imagen como una función de cierto corte sobrevenido en el campo del ojo, es poder ser mirado como hijo, con significantes propios, con nombre propio y no como falo que empodera a la madre y la disculpa de una posible responsabilidad que consciente o inconscientemente la atormenta. René, que no siendo mirado como un “segundo hijo”, sino como un “Re-nacido”, es el hermano muerto vuelto a la vida, viene a ocupar un lugar donde no hay mirada para él sino para el que re-presenta: el hueco el vacío de “muerte” le ha correspondido.

René cuando era bebé, uso la ropa que le perteneció al hermano. Actualmente viste ropa que le queda muy grande, como si fuera para otro mayor, so pretexto de que va a crecer; en otras ocasiones, o llevaba ropa muy chiquita o muy grande, pero nunca, una que le quede bien, (¿a quién veía la madre cuando elegía como vestirlo?). Él no tuvo un nuevo espacio, sino el mismo ofrecido al ya ausente en las mismas condiciones. No hubo un deseo que le permitiera habitar otro lugar, la demanda estaba hecha, era restituir al hermano muerto, era completar lo que la madre había perdido.

La mirada siempre está ahí al acecho. Y René ha sido tocado con la mirada materna que transgrede el derecho de vivir como un segundo hijo, como hermano del fallecido (es una mirada perversa, “loca” que niega la pérdida, la culpa, la castración), tal es el trabajo de acercamiento al objeto sexual. “La impresión óptica sobre este niño es la de un objeto fálico. Es una impresión óptica que facilita su excitación libidinal, invistiendo a este pequeño con toda una serie de demandas que lo ubican ligado a la propiedad de objeto sexual que fascina y atrae a la madre sobre él, sintetizando su relación de objeto visual.

Aunque no tenemos constancia de ello. El acompañamiento con René nos permite reflexionar que en la mirada debe haber un corte en la continuidad, en la extensión de la visión, algo que en este caso, queda borrado (no hay diferencia entre un hijo y otro). Por tanto no se puede asumir la falta, la pérdida, que podría simbolizar la falta constitutiva del sujeto hablante, la denegación de la castración materna impide que surja la falta en René, el deseo que le permita habitarse fuera de esa

mirada materna que lo condena a muerte. Es decir, la mirada materna ha quedado hincada en lo real en René. No hay elisión de la mirada –como en la neurosis- en la mancha de lo que está más allá de la pantalla, más allá de la apariencia, más allá del fantasma. De hecho, el fantasma no sería más que la pantalla más allá de la cual cabe pensar en lo real.

Ahondemos, si la mirada es convocada en psicoanálisis como modo de inserción de lo subjetivo en lo visible, esto se convierte en la parte no visible de la visión, que implica volver a considerar el cometido de la pulsión escópica que se sitúa en un campo que no es de la fenomenología sino de la estructura psíquica. La madre deniega su falta, es como si su mirada tuviera un efecto de acto provocado por una imagen que viene de lo real de ella, hacia nosotros; ya sea como mirada en acto o como mirada imaginaria, sin que esta imagen sea una imagen particular, propia, “exclusiva” para René, sino de tal o cual cosa que ella quiera ver en él.

Es aquí donde vemos, como la estructura del deseo se pliega sobre el ojo. La mirada de la madre de René forma parte de los objetos que no puede simbolizar porque también están en su real, en tanto objetos a. Su mirada es condenatoria, ha sido simbolizada de antemano por la demanda de re-encuentro con lo perdido. Sin embargo, René no es lo que ella demanda, él ha crecido en una turbación que por momentos lo lleva sólo a reproducir en sus delirios tormentas, tormentos y torbellinos que no son propios. Esto nos señala que no hay un objeto total, en el sentido de que no representa a la función que lo produce. En relación con esto, Lacan nos propone entender a la mirada como un movimiento subjetivo del deseo, deseo al Otro. Esto no colma al Otro y si precisamente lo llega a colmar sería la locura.

Ahora bien, nos preguntamos ¿cuál es la mirada de René sobre sí mismo?, si las miradas descritas con la madre son del orden que está más allá de las apariencias. Se refieren al deseo del Otro, pues en este intercambio se transmite todo el conocimiento, todo el amor que sienten uno por el otro, todo lo tejido entre ellos desde el primer día.

El punto de llegada en el que René puede reconocerse, fue también un punto de partida. En efecto, lo que ha descubierto es que la mirada que se fija sobre sí

mismo depende de la mirada al Otro y del Otro. Es decir, se ve desde el lugar que el Otro le ha designado, en lo que “da a ver” en su “ser en el mundo”, punto de partida de todas las identificaciones yoicas que son del registro de lo imaginario. Si bien, lo que René observa en la mirada al Otro es una imagen que lo atraviesa, que busca lo que no es él, sino “lo que se le demanda ser”. La mirada al Otro le ha hecho entender que la consistencia de su identificación consiste en ser su falo, su completud (el re-nacido). Lo que René ha visto en el espejo de los ojos de su madre, no es su imagen, sino la de quien él representa (el falo de la madre, el hermano muerto).

Anny Cordié (1993), en su texto de “Un niño psicótico”, comenta que el espejo está en la encrucijada estructural de las instancias de lo real, lo simbólico y lo imaginario y el objeto. En este contexto se reúnen el cuerpo fantasmizado ligado a la relación con el gran Otro y la imagen especular que determina la relación con los pequeños otros. En el caso de René los registros no han sido anudados por lo simbólico. La función del Nombre del Padre, ha quedado excluida (forcluida) y René ha sido devorado por la Demanda Materna.

Juan David Nasio en su libro de “La mirada en Psicoanálisis”, comenta que la mirada en sí, como lugar del goce, como energía, satisfacción es eso no visible. La mirada en si en tanto que goce del acto pulsional, no se ve. Agrega de acuerdo con Lacan, que el objeto a no es especularizable, no tiene imagen, el objeto a no se ve nunca “se goza”. Es el orificio de los párpados, la hendidura de los párpados que puede ser también la hendidura de la pupila. En verdad tienen que ser bordes que se contraigan y dilaten, abran y cierren. El borde erógeno es siempre un borde que se contrae y se dilata.

CUARTO TIEMPO: LA VOZ, EL DELIRIO, EL “ECO”...

Hay una lógica representada en el objeto voz. Es ella la que caracteriza a los seres humanos. Desde el psicoanálisis, la voz es un objeto de la pulsión, es la “pulsión invocante” y nos muestra que no tiene nada de instintiva. Pablo Garrofe (2002), menciona que la voz solo es posible de ser ubicada a partir de su

referencia al lenguaje, o sea a las conjunciones y disyunciones de la palabra y la escritura.

¿Cómo nos llega la voz? El lenguaje, en primer instancia nos llega de la voz de la madre, luego, nos es aportado por los demás, por los otros de la cultura. Ello pauta que nuestra lengua tiene un límite preciso en relación al vínculo social que establecemos. Lo que se inscribe en cada uno del lenguaje y su musicalidad, tiene que ver con este vínculo discursivo con el otro. Asimismo podemos decir, que la voz es el objeto más cercano a la experiencia del inconsciente, pues está constituido en el campo del Otro, es el discurso del Otro como afirma Lacan en “Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis”. A la vez, comparte la característica de ser exterior al ser hablante. El inconsciente –dice- es la suma de los efectos de la palabra sobre el sujeto, en el nivel que el sujeto se constituye por los efectos y resonancias del significante; dichos efectos son radicalmente primarios y determinan el status del sujeto. El significante como voz se incorpora haciendo trazos de escritura, pero también rasgando el alma. La voz es portadora de significantes que cobran sentido con posterioridad a lo dicho en un inicio. Es una retroacción que caracteriza el momento de entender como los significantes atraviesan al sujeto inscribiéndose en el inconsciente desde el primer instante de la vida, pues sabemos que un recién nacido no comprende lo que se le dice. No obstante, la voz penetra por el oído sin que pueda salvaguardarse de ella, le ayuda a estructurarse como sujeto social, pero también puede convertirse en atormentadora.

Precisemos la relación del deseo a la voz. Si el deseo está antes que el sujeto tome su lugar en la realidad ¿cómo llega este deseo, que es del Otro, al bebé? Sin duda es su tránsito por el oído lo que crea en su interior sedimentos, marcas, escrituras que hallarán lugar en el inconsciente. Hay que entender que la pulsión invocante se desliza suavemente desde el exterior. Lo que indica que es a través del soporte de la voz como podemos saber del deseo de la madre sobre su pequeño, sus fallas del discurso, o lo que en él se articula. En la voz se realiza un proceso de apropiación de algo del Otro, pero también, la sujetación a sus demandas; esto generalmente lleva a que en algún momento de su crecimiento el

niño se pregunte: ¿qué me quiere?, ¿para qué me quiere, qué lugar tengo en su deseo? y quizá más tardíamente: ¿por qué deseo vine al mundo?

Otra respuesta a la pregunta por el deseo, es a partir de tener claro que éste está presente en todas las estructuras (neurosis, perversión y psicosis); y que quizá lo que mejor ejemplifique esto sea el masoquismo moral. Donde a nivel de la voz, la palabra del Otro se hace voz de mando con preguntas o imperativos como: ¡come! ¡siéntate! ¡no te muevas! ¡no te vayas! ¡quédate conmigo siempre!

Un pequeño crecido en un mundo lleno de mandatos, es probable que cuando sea mayor, sea sometido a las mismas demandas o busque someterse a ellas; y después suela decir: “tus deseos son órdenes”, “cómo tú quieras” o “tú dime y eso hago o hacemos”, “Tú mandas y yo ejecuto”...

Si hay un modo de gozar con la voz, es la del masoquista perverso, que se somete sin chistar, antes aún, espera que el otro organice su destino y su ser. Organiza las cosas para no tener más la palabra. El sádico, en este juego, se convierte por su voz en el instrumento del Otro. Imagina ser el Otro para asegurar su goce al comandar a otro que no ha querido atender a su propio deseo y se ha sometido (so-metido en la voz del otro para que lo gobierne).

La neurosis está constantemente a la pregunta por el deseo. En la histeria por ejemplo, se escucha: ¿Dime qué significo para ti? ¿me quieres? ¿cuánto me quieres? O en el caso del obsesivo que interroga su deseo, y se pregunta por qué debe responder a la imposición de esa moral insensata del superyó, haciendo rituales o manteniendo pensamientos obsesivos para mantener el deseo del Otro imposibilitado. En sus síntomas hay compromiso entre pregunta y temor.

Esta voz que viene del Otro termina siendo algo mental, al convertirse en una voz superyoica de la conciencia moral, un monólogo interior permanente, o como en el caso de las psicosis, serán voces que retornen como alucinaciones o delirios que atormentan e interesan al psicótico pues siempre hablan de él.

Las alucinaciones auditivas suelen ser más frecuentes que las visuales. Los psicóticos, hablan poco de sus alucinaciones; sin embargo, es posible deducirlas en ciertos comportamientos: movimientos de las manos, actitudes de pretender

escuchar algo al colocar la mano sobre alguno de los oídos, labios que se mueven, gestos que acompañan o expresiones en el rostro, entre muchos otros.

Tras este breve recorrido, volvamos a René... Recordemos que Freud desde (1896) en sus “Nuevas puntualizaciones sobre las psiconeurosis de defensa”, menciona que: las alucinaciones auditivas, suelen ser fragmentos del contenido de vivencias de la infancia reprimidas, síntomas del retorno de lo reprimido. Las voces generalmente tienen su origen en la represión de pensamientos que en el último análisis significaban reproches relativos a una vivencia análoga al trauma infantil. Las voces por más absurdas que parezcan en su contenido, cobran por lo tanto, sentido como “síntomas del retorno de lo reprimido”, como compromisos entre la “resistencia del yo y la fuerza de lo que retorna”. Assoun (2004), retomando esta cita hace referencia a la represión, que sirve para descifrar el mecanismo psicótico, señalando que lo esencial en las psicosis -y que escuchamos en René-, es que lo que murmuran las voces, son afirmaciones vanas e insignificantes que retornan de lo como ecos de lo real.

Freud con estas puntualizaciones sobre las psicosis, señala en el mismo texto, que las voces son alusiones y deformaciones de un contenido traumático, que hubieran debido manifestarse en violencias verbales y autorreproches: “las palabras escuchadas tenían siempre un carácter de imprecisión sutil”, es una característica de las alucinaciones de los paranoicos. Las voces aparecen como constituyendo pensamientos en voz alta cuyo contenido es neutralizado bajo efecto del compromiso de la represión. Escuchamos en la voz aterrada de René como retorna una amenaza de castración: “...no tengo nada...solo una cobija que me protege”. En relación con Lacan, sabemos que es un mensaje inconsciente que vuelve al sujeto como angustia de castración. Mas adelante, en 1974 Lacan menciona que la angustia engendrada por lo real sigue siendo incomprendible si no vemos que se trata de un avatar de la angustia de la castración materna⁷.

⁷ Jacques Lacan, Seminario RSI, sesión del 10-12-1974: “(...) Resulta por cierto sorprendente ver que la angustia, en tanto es algo que parte de lo real... va a dar su sentido a la naturaleza del goce que se produce a partir del cruzamiento traído a la superficie, el cruzamiento euleriano de lo real y lo simbólico”.

La voces interiores que René grita se convierten en un drama, es la puesta de un diálogo en su corazón, donde esas exclamaciones aparecen en una modalidad amenazante, negativa y luego positiva, manifiesta con claridad un drama que confirma que sus pensamientos se ponen hablar en voz alta y fuerte, bajo el efecto de un refuerzo pulsional.

Los gritos de René, son voces que se elevan como pretendiendo silenciar las otras voces que aparecen como bullicio estridente. Su voz angustiada parece venir de un interior propio, su mirada parece ver algo -que no identifico- por sus gestos y ademanes. Son voces llenas de certeza que indican que hay “psicotización” de la situación. Es esta intervención vocal, que debió registrar en algún momento, es algo que ha quedado fuera de simbolización y ha retornado como abordaje del Otro, al momento que proliferan gritos de otros a su alrededor; es como un último tiempo del retorno a la creencia, “sumisión a la voluntad del Otro” en tanto la demanda sobre él se impone: ser solo lo que el Otro exige “su eco”.

La voz, en su función delirante se presenta como respuesta del Otro a una perplejidad básica sobre sí mismo que amenaza con el hundimiento de la creencia en el Otro mediante su renegación. No obstante, nos preguntamos ¿las voces que René articula, son repetición, retorno de algo vivido, por él, por el Otro, son respuestas al Otro o son un gozo del Otro que René evidencia, son gritos que verdaderamente se encuentran provistas de voces presas en la garganta del Otro, lo que lo arrincona en el dolor indecible de “vomitar” palabras a gritos como ecos de lo real que se comunican al mundo que ignora la lengua del Otro: en el metalenguaje psicótico, vemos que su delirio solo sobreviene como reacción a esas voces para justificar a los ojos del destinatario que dicen algo a su mente, a él, o a lo que el Otro quiere de él. Como una puesta en diálogo, destinada a activar, por el delirio propiamente dicho –del que las voces serían temas-, esta pasión de la voz.

Así, vemos como los gritos de René se visten de una serie de fuerzas oscuras, hay en él un extravío de los sentidos. Los gritos dan cuenta a un tiempo del rechazo y el desamparo; constituyen un testimonio a favor de la dignidad de la

negación. Lo expulsado insiste por vía de la alucinación en lo real, dando muestra, de lo que ha sido forcluido y se muestra como escena suelta.

Pommier (2005), menciona que los gritos significan el desamparo en sí, pero también el rechazo al pedido de auxilio. René a la vez que quiere saber de la madre, no la quiere tan cerca, por eso la desaparece a la vez que la cita en su delirio: *“estoy solo”, “todos se han ido”*. Su madre ha querido que se identifique a su propia falta y que forme con ella una unidad edénica (en primer lugar esto le fue preescrito ser, antes que independiente). A un tiempo que satisface todas las necesidades del cuerpo del niño, la madre lo ubicó en el lugar de su propia falta. Este apoyo en la necesidad define a la pulsión, indefinidamente lanzada a perseguir el Uno, en el que aparentemente la ha desahogado de su falta (no sentirse culpable del hijo muerto o de sufrir su ausencia).

Las voces de René son un resto de la relación con el Otro, son voces que retornan como ecos de lo real. “Ecos en lo real” que además de ser una expresión de Lacan (1962: pp. 298 – 299), es lo que indica que la voz es lo que queda por fuera de la intención de significación, o bien lo que consideramos que, del lenguaje, agujera lo real. El lenguaje, come lo real. Inscribir la voz aquí la instala de entrada en posición de resto.

Lacan también agrega que la voz es una manera de gozar, con ello no quiere decir que sea una voz sonora, es la voz del Otro que me habla y que se envaina en mi voz. Es la voz del Otro que me dicta lo que digo, pero no mi voz, el goce no está en mi voz. Mi voz es la forma visible, presentable, de un goce que nos se ve, al que llamamos voz. Así, la voz, la palabra voz no quiere decir que sea mi voz, ni la voz de la persona que me habla, es una voz interna que yo escucho, que está presente.

Más adelante en 1964, Lacan en “La voz como objeto a”, menciona que ésta, no pertenece de ningún modo al registro sonoro, esto no impide que las consideraciones que pueden hacerse sobre la voz a partir del sonido en tanto distinto del sentido, o sobre todo las modalidades de la entonación, solo pueden inscribirse en la perspectiva de Lacan ordenándose con la función de la voz, como si fuera á-fona.

René al hablar en su delirio, solo repite como eco, lo que ha escuchado, lo que se mueve o siente. Es un René que al nacer nace muerto, para dar vida a quien ya no está, es la Cosa sobre sí, la que genera su muerte misma. Es esa voz que siendo significativa, no participa del efecto de significación.⁸ Un resto entre la intención de significación y el significante. La voz también implica el efecto del significante en el sujeto. Podríamos decir que René está constituido por la cadena significativa y la voz es una dimensión de la cadena significativa que le ha asignado un lugar no unívoco.

Es sin duda pensar que el dominio de las percepciones ha vuelto desde lo real sobre René. Es lo real vuelto incesantemente que se acompaña por las pulsiones y que movilizan un cuerpo en indistintas manifestaciones de terror. Un cuerpo que en su movilidad muestra su humanidad de palabra depositada en él como lengua del Otro, pero también como palabra rota, vacía, carente de sentido para él es solo el eco de lo que resuena en él.

El psicoanálisis nos ha permitido escuchar la denuncia que hace René en un: "Hay que estar muerto para ser amado" ¿ya lo estoy? ¿soy mi hermano? ¿soy todo él? ¿hay algo de mí? Son preguntas que solo puede responder a través de ser un muerto vivo. Su verdadera existencia se encuentra nombrada en la tumba a donde suelen llevarlo a ver al hijo bienamado por la madre; cuyo nombre ahora él lleva, siendo el objeto de la demanda materna. René como un niño psicótico está en posición de no dejar de revelar constantemente la verdad de este objeto, es carne, excremento, resto, pero de igual modo objeto del mundo real.

Vemos que es y ha sido la complicidad paterna la que lo ha dejado a la deriva de ser objeto de la madre. Es la forclusión del Nombre-del-Padre que no ha estado presente para asegurar la castración materna; ha faltado la presencia de lo simbólico para que él pudiera renunciar a esta función y entrar en la significancia fálica que lo lanzara al mundo social. Sin duda habrá mucho por seguir investigando, reflexionando y trabajando las paradojas que encierra las psicosis.

⁸ Ibid

Finalmente queremos terminar este recorrido reflexivo, señalando que ha sido una demarcación entre el afuera y el adentro, que nos ha permitido y mantendrá interesados en la realización de nuevas investigaciones sobre el campo de las psicosis; haciéndonos preguntas en lo que cada niño entiende de lo que se dice más allá de las palabras, leer entre líneas en la saga familiar. En lo que es, en lo que se convierte y revela la verdad oculta del Otro. En el destino propio de cada sujeto que se cree único y singular, veremos que está ya inscrito en la historia de quienes lo precedieron de lo que no le impide creer en su libertad. El psicoanálisis es sensible por naturaleza a los signos de este sometimiento y a las respuestas que el sujeto le aporta.

PARA CONCLUIR

Es necesario destacar que desde antes de nacer el niño tiene un lugar en los fantasmas de los padres, en sus deseos y ensoñaciones, en los proyectos que hacen en torno a su llegada. El niño real induce todo un nuevo acontecimiento en la familia y en el psiquismo de los padres, genera una nueva organización y modifica ciertas determinaciones preexistentes. A través de lo que evocamos de la pulsión en el caso que hemos expuesto, es posible ver la contraposición de lo esperable para un bebé que llega al mundo. René recompuso el mundo de una madre melancolizada por la muerte de su primer hijo. Este segundo hijo ha experimentado un atrapamiento en el fantasma del Otro a través de su lenguaje y su mirada. Son pulsiones que manifiestan la demanda sobre él. Lacan escribe: “Es imposible no señalar que no hay demanda que no pase por alguna razón por los desfiladeros del significante”.⁹ El anudamiento de lo simbólico y lo imaginario se hace mucho antes que el niño hable. El corte, la separación del objeto madre, será el momento en que el sujeto se recupere en el lenguaje para ser separado de ella. Por el contrario, en las psicosis, la operación del anudamiento no están bien establecida y suele fallar porque el registro de lo simbólico ha fallado en anudar también a lo real. Si fuera un logro quedaría un nudo Borromeo de los tres registros: real, simbólico e imaginario.

⁹ Jacques Lacan, Escritos 2, México, Editorial Siglo XXI. pág. 811.

La mirada y la voz como ecos de lo real en las psicosis, pueden derivar en la pérdida de la realidad como vemos visto en René. Se evidencia en este caso, un extravío en el marco simbólico que deja de sostener al sujeto, a su cuerpo, a su mirada y al mundo.

El análisis del delirio y las alucinaciones nos han permitido escuchar las resonancias de un pasado, donde lo escópico y lo invocante han conformado campos decisivos que menguan la relación al cuerpo, la relación “cárnica”, teniendo alteraciones en la imagen y en consecuencia, con amplias manifestaciones de problemas para la intelección del mundo y su ubicación en él.

Asimismo podemos decir, que en cada experiencia de la vida cotidiana hay una emergencia de nuestras acciones como acciones habladas. Algunas retornarán desde lo real como voces superyoicas que indiquen culpa, remordimientos, sometimientos u ordenanzas sobre la vida. En el caso de las psicosis, se quiebra este monólogo interior. El psicótico testimonia el padecimiento de verdaderos acuerdos de voces, de una eufonía polivocal, que lo invaden con su sonido atronador. No hay voz sino voces. En los intervalos del significante, surgen voces que lo interrogan sin tregua en su ser mismo; por eso está tan interesado en escucharlas.

La voz es un resto de la relación con el Otro, son voces que retornan como ecos de lo real. En este caso que hemos mostrado, frases que aparecen entrecortadas, o como órdenes sin sentido de la moral, o locuciones que emergen sin explicación. Voces, restos que caen del lenguaje como si fueran objetos. La voz irrumpe como fragmento, puro hecho de emisión, de corte, o más sencillamente, como letra, a diferencia de lo que sucede en el lenguaje, donde predomina la articulación, el discurso ordenado, el sentido.

Pero el trabajo psicoanalítico nos marca una tentativa, un camino a poder saber más de las psicosis; trabajo que habremos de continuar en un futuro próximo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Assoun, P. (2004). **“La mirada y la voz”**. Lecciones psicoanalíticas. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.
- Cordié, A. (1993). **“Un niño psicótico”**. Buenos Aires. Argentina. Editorial Nueva Visión.
- Freud, S. (1896 [2001]). “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”. En Vol. III. **Obras Completas**. Buenos Aires. Editorial Amorrortu.
- Garrofe, P. “La voz y la voces. Ética y música. En J. L. Slimobich, R. González, C. Lainez, F. Grimberg, B. Reoyo, M. L. Alonso (Coords.). **“Lacan: la marca del leer”**. Barcelona. Ed. Anthropos. 2002.
- Lacan, J. (1962). **Seminario 10 “La angustia”**. clase 12 de diciembre de 1962. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1964). **Seminario 11. “Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis”**. Buenos Aires, Editorial Paidós. 2000.
- Lacan, J. (1988). **Escritos 2**. México, Editorial Siglo XXI. pág. 811.
- Levy, Bernard. Alrededor de la mirada. En J. L. Slimobich, R. González, C. Lainez, F. Grimberg, B. Reoyo, Ma. L. Alonso. (Coords.). **“Lacan: la marca del leer”**. Barcelona. Ed. Anthropos. 2002.
- Nasio, J. (2001). **La mirada en Psicoanálisis**. Barcelona. Editorial Gedisa.
- Pommier, G. (2005). **Qué es lo “real”**. Ensayo Psicoanalítico. Buenos Aires. República de Argentina. Editorial Nueva Visión.